

LAS DIEZ GUERRAS DE UNA GUERRA

La resolución del Consejo de Seguridad del lunes pasado, ordenando «un alto el fuego» para doce horas después sobre la base de unos acuerdos ambiguos, ha tardado catorce días en producirse. Es, sobre todo, un acuerdo entre la URSS y los Estados Unidos, tomada en Moscú por las conversaciones del secretario de Estado, Kissinger, y el primer ministro, Kossyguin, tras la visita de este último a El Cairo y los continuos contactos Estados Unidos-Israel. Fue presentada a los miembros del Consejo sin darles tiempo a estudiarla a fondo, con la solicitud simple de que la adoptaran con la mayor urgencia; todos la han aceptado, con la reticencia de China, que, sin embargo, no ha votado en contra, ni siquiera se ha abstenido: ha preferido la fórmula, ambigua también, de no participar en la votación. En un principio, favorece a Israel, desde el momento en que no fija un calendario para la retirada de sus tropas de los territorios ocupados ni define claramente cuales son los territorios que debe evacuar. El regreso a la resolución 242 del Consejo de Seguridad como base para las negociaciones es más bien sardónica: fue adoptada en noviembre de 1967 y ha necesitado cinco años y una serie de catástrofes humanas para abrirse algún camino. En estos momentos presenta graves peligros. Las masas árabes, movilizadas esta vez hasta el paroxismo de la guerra, alentadas por unas victorias iniciales, no van a estar enteramente conformes con la paralización militar; muchos de sus sectores —sobre todo en los palestinos; pero también en algunos militares de Egipto y de Siria— van a considerar el alto el fuego como una traición de sus dirigentes y como un abandono de la URSS. Sobre todo, si las negociaciones se arrastran en el tiempo o si éstas no colman algunas aspiraciones legítimas.

EN tanto suceden algunos de los acontecimientos previstos e imprevistos tras la nueva situación, se pueden analizar algunos de los aspectos de esta fase de la guerra. Son plenos superpuestos, casi independientes los unos de los otros, que han dado la imagen rara y confusa de esta guerra. Basta apenas con enumerarlos, con separar unos de otros y distinguir los elementos de la mezcla para esclarecer algo su complejidad y sus dificultades.

1. Una guerra de material entre los Estados Unidos y la URSS. Las armas son un elemento típico, incluso básico, de la sociedad de consumo considerada en grandes magnitudes: aun sin guerra, las armas se consumen solas en los arsenales, superadas por inventos más modernos. El envío de grandes cantidades de armas por los Estados Unidos y la URSS a sus pupilos respectivos, y su desgaste, no supone pérdida grave para los países fabricantes, que de todas formas las verían perecer en los almacenes; en cambio, supone un aumento de la deuda de los países ayudados para con sus suministradores, que pagarán en dinero, en especie y en obligaciones políticas. Más importante, sin duda, desde un punto de vista científico militar es el enfrentamiento de estas armas en una guerra con sangre ajena. En Vietnam no pudo realizarse esta experimentación por las condiciones específicas —militares y geopolíticas— de aquella guerra. Sinaí es un escenario perfecto, un polígono de tiro. La que se considera la batalla de tanques más importante de la historia ha sido un espectáculo impagable para los expertos de los dos grandes países, así como el enfrentamiento de «Phantom» y de «Sam».

2. Los Estados Unidos y la URSS están probando, también, su capacidad de maniobra diplomática, los límites y el valor de su coexistencia. No parece que hayan dejado de tener la guerra controlada ni un solo momento ni que hayan perdido contacto nunca. Las declaraciones oficiales han sido comedidas por los dos lados, incluyendo las más aparentemente duras de Nixon. El viaje de Kossyguin a El Cairo y el inmediato de Kissinger a Moscú demuestran que los instrumentos funcionan perfectamente. Las dos potencias demuestran que saben hasta dónde pueden llegar y que las zonas de influencia y acción básicas de la coexistencia pueden estar delimitadas. Si, tras el alto el fuego, llegan a adoptar un plan de paz real, tienen ahora instrumentos para hacerlo cumplir. No parece que en ningún momento haya habido riesgos de crisis mundial grave. Las negociaciones que ahora se están celebrando perfeccionan esta instrumentación de seguridad.

3. Una posibilidad de que la situación de Oriente árabe se convierta, sobre el papel, en crisis mundial, y hasta de que las amenazas puedan hacerse muy ostensibles y muy preocupantes, está en la

situación interior de los Estados Unidos. Nada ayudaría más a Nixon en este momento que una inflamación de la situación, que le sacara del nuevo avispero del Watergate o lo hiciese olvidar. Su acción contra el fiscal Cox, seguida de la dimisión del ministro y del subsecretario de Justicia (en la terminología política norteamericana, el secretario de Justicia y su asistente) ha estado, sin duda, calculada para un momento de apariencia crítica internacional como éste. No ha dado el resultado apetecido, y los medios de información de Estados Unidos destacan infinitamente más esta crisis interior que el desarrollo de la guerra de Palestina. No sólo Nixon, sino todo un complejo militar-industrial (que no es distinto del que denunció el general Eisenhower, cuando ya Nixon era vicepresidente) tiene interés en mantener el poder a toda costa, y no sólo por razones políticas. Si este poder se presta a un desgaste de material bélico y si eleva la tensión internacional para sostenerse, más remunerativo será. Únicamente que se trata de un juego peligroso. La opinión pública de los Estados Unidos, aun siendo más favorable a la ayuda a Israel que a la intervención en Vietnam, no puede tolerar tampoco esta vez que se extiendan los límites de la aventura.

4. La guerra del petróleo tiene aspectos que no son solamente los muy enfáticos de la solidaridad árabe. Al mismo tiempo que parecen favorecer a los temibles palestinos y complacerles, los jeques del petróleo no tienen nada que perder con las restricciones a la producción, la selectividad de envíos y exportaciones y las nacionalizaciones: la subida de precios, que será irreversible, podrá compensarles cuando llegue la estabilidad. Las pérdidas que pueda haber ahora serán rápidamente amortizadas. Las grandes compañías refineras y distribuidoras justificarán también un alza de sus precios culpando a los árabes, y recuperarán con grandes creces las posibles pérdidas actuales.

5. Los temas interiores de los países árabes tienen una gran importancia en el desarrollo de los acontecimientos. La mayor parte de los regímenes establecidos querrían eliminar a los palestinos de alguna manera y suprimir algunos peligros revolucionarios. La recupera-

El embajador soviético Jacob Malik con el norteamericano John A. Scali, momentos antes de la reunión del Consejo de Seguridad, en la que se ordenaría un «alto el fuego» en el Oriente Medio.





Los Estados Unidos y la Unión Soviética están probando, entre otras cosas, su capacidad de maniobra diplomática, los límites y el valor de su coexistencia. En la foto, Kissinger con Brejnev y Gromyko en torno a la mesa de negociaciones durante la reciente visita del primero a Moscú.

ción de las fronteras perdidas en 1967, en todo o en parte, podría satisfacer a sus opiniones públicas, pero supondría, al mismo tiempo, una forma de reconocimiento del Estado de Israel en la mesa de negociaciones y podría permitirles una planificación sin la suspensión de la guerra que hasta ahora ha pesado sobre sus economías y sobre sus proyectos políticos.

6. Las batallas no se han desarrollado con arreglo a unas técnicas de ocupación de terreno, de defensa clásica o de destrucción del enemigo, y es algo que contribuye muy notablemente a la confusión del aspecto de esta fase de la guerra. Se han desarrollado con arreglo, por una parte, a la posibilidad del alto el fuego; por otra, a la experimentación y enfrentamiento de materiales (la guerra de los otros). Israel tiene más cuidado en penetrar al otro lado del Canal de Suez que de defender sus posiciones en la zona invadida, con objeto de permanecer allí cuando el alto el fuego congele las operaciones en el punto en que se encuentran, o de tener territorios que intercambiar y negociar en unos acuerdos posteriores. Lo mismo sucede en la zona del Golan. La «task-force» que ha penetrado hacia El Cairo no tenía como objetivo tomar la capital egipcia, que supondría una grave complicación militar, logística y diplomática, ni, quizá como se ha dicho, destruir y dominar los cohetes «Sam», sino precisamente consolidar un terreno ocupado que puede preocupar mucho más a Egipto, en el futuro, que la ocupación del Sinaí.

7. Israel sabía desde un principio que no se trata de una guerra resolutive. Sabe que los Estados Unidos no tolerarían que los árabes llegasen más allá de las fronteras anteriores a 1967, y que ni siquiera la URSS se lo permitiría a sus aliados árabes; pero sabe también que no puede dominar a sus enemigos, no sólo por imposibilidades militares —nunca Israel, con sus ejércitos y su población actual, podrá anegar al inmenso mundo árabe, ni siquiera a Egipto y Siria—, sino porque no le sería tolerado. Los árabes saben también que no pueden llegar a la destrucción total de su enemigo. Ninguna de las dos partes puede ganar la guerra definitivamente, y tampoco puede perderla. El aspecto lúcido, o de gran juego, de los escenarios políticos, diplomáticos y militares de esta fase de la guerra es más visible que en otras guerras conocidas hasta ahora.

8. No solamente la guerra no es resolutive, sino que va a dejar una terrible herencia para el futuro. Los árabes saben ahora que su fuerza cuenta, que no estaban destinados a la matanza, al sacrificio, a

la derrota, sino que ahora pueden combatir. Tendrán la tendencia a volverlo a hacer en otros momentos. Tanto si el resultado final de las negociaciones es favorable como si es desfavorable, quizá más aún en el último caso. En Israel, los blandos o negociadores pueden ser barridos durante largo tiempo, y el clan de Golda Meir y Moshe Dayan, los belicistas, los partidarios de la fuerza, dominará la situación. Lo cual es una pérdida bastante sensible.

9. Las responsabilidades de esta guerra actual, sin embargo, acusan a los belicistas. Se van a enmascarar de lo contrario. Si las negociaciones intentadas previamente se hubiesen aceptado, si Israel no hubiese rechazado uno tras otro todos los planes de paz, este horrible crimen que se está desarrollando ahora se habría evitado ya.

10 Este enmascaramiento se hace más fácil, más posible, gracias al telón de propaganda que está disfrazando todos los hechos reales, militares y políticos. Toda propaganda es un falseamiento —por exageración o por disimulación— de la realidad; la propaganda en tiempos de guerra es una multiplicación de ese efecto. La que se está desarrollando en estos momentos a costa de la guerra de Palestina es ya pura mentira, puro engaño de la opinión pública. Además de las ficciones mutuas de guerra santa o religiosa, de guerra de la supervivencia nacional, de guerra del petróleo, se ha llegado peligrosamente a las ficciones de crisis mundial, que no existe ni puede existir. El enmascaramiento de la realidad por parte de los Estados Unidos, en razón de los dólares judíos, de los intereses petroleros, del juego de las armas o de las zonas de influencia, y la responsabilidad por no haber sabido imponer una tregua real y unas condiciones de paz aceptables es muy importante.

LAS víctimas de este cuadro de los diez planos independientes, pero interdependientes, de la fase actual de la guerra de Palestina son millares y millares de muertos para nada —para nada que no se hubiese podido alcanzar en los cinco años pasados por la negociación—, los desastres de la guerra en las poblaciones de los países implicados y la creación de nuevos problemas —y de nuevas víctimas en potencia— para el futuro. Más los palestinos, para los cuales cualquier solución que se negocie o que se establezca por las armas, sea cual sea, es negativa. Las víctimas abstractas son, una vez más, la ética política, la razón, la necesidad urgente de buscar otras vías, otros módulos, para las sociedades de la coexistencia. La tragedia de Oriente árabe es una de las muchas que se pueden abatir en otros puntos del globo.